



## A CUBA

PROFECÍA

Cuba que en un tiempo vi alegre, siendo española; ¡qué triste estás y qué sola hoy que el yankee manda en tí! (Quién te conoce, ay de mí, más esclava que antes fuiste!; las cadenas que rompiste, te ató otra nación extraña; ya no eres hija de España, la madre á quien ofendiste.

Ahora, Cuba ¡oh paraíso! no eres la virgen del mar, donde España fué á engarzar los besos con que te quiso. A tu lecho fué preciso que te fuera á descubrir; y al mirarte sonreír, plegó las tendidas velas, y en sus grandes carabelas cuneó tu porvenir.

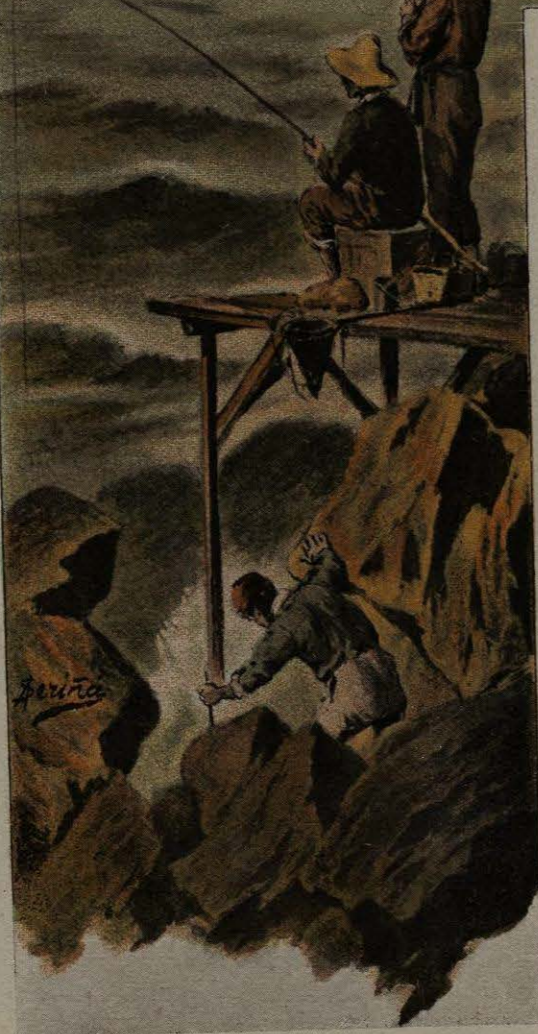
España te dió su pecho, cual lo da la madre al hijo, y á la vez que te bendijo te dió justicia y derecho. Como nunca satisfecho se sintió su amor fecundo; y desde ese mar profundo

que hoy te mece, hecha pedazos, te alzó, orgullosa, en sus brazos, y se admiró al verte el mundo.

No hubo locura mayor, ni hubo mayor frenesí que el de España para tí, Cuba, gloria de su amor. Arrostró todo rigor por darte progreso y vida; mil veces fué escarnecida, mil veces fué desgarrada, mil veces vilipendiada y mil veces combatida.

Pero, energética y valiente, con altivez de matrona, te sostuvo en su corona como un diamante esplendente. Fuiste la perla luciente de sus islas á millares; por tí sufrió con pesares, por tí gastó fuerza y bríos, y por tí su sangre á ríos corrió á empurpar los mares.

Cuba bella, Cuba ingrata, Cuba pérdida y traidora; en poder del yankee llora, del yankee que te maltrata.



la verás desierta y sola, como otra Jerusalén. Jerusalén ya rendida de dar al mundo ideales, continentes inmortales, islas, glorias, luz y vida. En su trágica caída, rodará asida á la cruz, y hacia el ámbito andaluz se alzarán en montón gigante, ¡como una Troya triunfante hecha cenizas de luz!

SALVADOR RUEDA

## PROBLEMA

¡Ay del que, de amor sediento, El bien que anhela no alcanza, Y, mártir del sentimiento, Siente el torcedor tormento De un amor sin esperanza! ¡Ay, del que en su corazón Quiere en vano sofocar El fuego de una pasión, Sabiendo no ha de lograr La anhelada posesión! Que la vida sin amor Es cual árido desierto, Es como planta sin flor, Es como un corazón muerto Para el placer y el dolor.

Porque vivir sin amar Es igual que no vivir, Porque el amor es gozar, Porque el amor es sentir, Porque el amor es penar. Sentir, gozar y querer Es de la dicha la meta, Que emociona de placer, Al corazón del poeta Y al alma de la mujer.

Interna pasión sentir Es contraste singular, Difícil de definir, Porque sufrir es amar Y porque amar es sufrir. Ser amado con pasión Por el sér de nuestro sér, Sin esperar obtener La anhelada posesión, Es gozar y padecer.

Por lo que he de preguntar: ¿Qué cosa será mejor, Si, por no pensar, no amar, O si amar para gozar Con las penas del amor?

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE

# LA SILLA DE FELIPE II

EFEMERIDES ILUSTRADAS

## FELIPE II

No es un rey, no es un hombre; es un problema todavía no resuelto. Y es un problema sin solución, porque la obscuridad de su vida y de sus actos nos ha negado los términos necesarios para resolverlo.

Todo en él es misterioso, lúgubre, sangriento. Los juicios más contradictorios se han formado acerca de su carácter y de su sistema de gobierno.

Para unos es el prudente, para otros es el hipócrita. Para estos el salvador de la fe católica, y para aquellos el ángel de las tinieblas. Aquí le apellidan la gloria de Europa, y allí el tigre del Mediodía.

Nacido en la ciudad de Valladolid, el 21 de Mayo de 1527, ocupa desde el año 1556, por abdicación de su padre el Emperador Carlos V, los tronos de Nápoles y Sicilia, de los Países Bajos y de España. Vencedor de Francia, por el triunfo alcanzado en la batalla de San Quintín, y por su ajustado casamiento con la hija del rey Enrique II; triunfante, gracias al gran duque de Alba, de los flamencos sublevados; victorioso, merced al genio militar de su hermano bastardo don Juan de Austria, de los moriscos levantados en armas en las Alpujarras, y poco después de los turcos, en la memorable batalla naval de Lepanto; llegó á verse coronado rey de Portugal, cuyo cetro le disputaba el prior de Ocrato, con el auxilio de los invencibles tercios de Castilla, mandados por don Fernando de Toledo.

Durante su reinado, las armas españolas lograron muchos y muy celebrados triunfos.

En su tiempo pudo decirse, con justa razón, que el sol no se ponía en los dominios de Castilla.

Pero ¡ay! que este hombre funesto llevaba la desgracia á cuantos le rodeaban y servían.

El desgraciado príncipe Don Carlos, muere en la flor de su edad, y á pesar de que Felipe ofrece á la nación y á los Consejos decir la causa de la prisión y muerte de su hijo, no cumple su promesa: el proceso depositado en Simancas se pierde, y todo en fin conspira para que se calificara su muerte de verdadero asesinato.

Don Juan de Escobedo, secretario de su hermano, don Juan de Austria, llegado á Madrid con una misión de éste, cae una noche bajo el puñal de cinco asesinos, quienes, por premio de su hazaña, reciben mucho oro y los despachos de alférez, que, previamente tenía en su poder el ministro Antonio Pérez, firmados por Don Felipe.

Antonio Pérez, es preso también por sus relaciones con la querida del monarca,

la hermosa princesa de Eboli, exigiéndole, á cambio de la libertad, la entrega de varios é importantes papeles, entre los cuales se supone que estaba la orden de muerte de Escobedo firmada por el rey.

Organízase en Lisboa, al mando del insigne marino don Alvaro de Bazán, Marqués de Santa Cruz, uno de los héroes de Lepanto, aquella poderosa armada apellidada la Invencible, que, con un aguerrido ejército, debía acabar con las intrigas y el poder de Isabel de Inglaterra, llegando hasta el mismo Londres. Don Alvaro, de acuerdo con el famoso guerrero Alejandro Farnesio, considera de primera necesidad buscar un puerto de refugio en Flandes, para impedir, lo que desgraciadamente sucedió, que la armada cayera bajo el poder de los elementos. Este acuerdo desagradó tanto al rey que, después de repetidos despachos con embosadas inculpaciones, envió á Lisboa al Conde de Fuentes para fiscalizar los actos de un hombre del mérito y servicios de don Alvaro de Bazán! La desconfianza del monarca causó tan profundo dolor al insigne marino y pundonoroso soldado, que no tardó en morir: causando esta muerte el mayor dolor así en el ejército de mar como en el de tierra.

II

Ocupémosnos ahora del hermoso cuadro del laureado artista don Luis Alvarez, La silla de Felipe II, objeto principal de este trabajo.

El monarca español quiso perpetuar el recuerdo de la victoria de San Quintín, levantando el Monasterio del Escorial, vulgarmente conocido por la octava maravilla.

Su carácter tétrico le hizo escoger para emplazamiento un sitio rudo, en la falda de los montes del Guadarrama.

Elegido el terreno en la dehesa de la Herrera ó Herrestia, por el arquitecto Juan Bautista de Toledo y algunos frailes jerónimos, el monarca dispuso que en adelante se llamara aquel lugar Real Sitio de San Lorenzo, en memoria de haber vencido á los franceses en San Quintín el día de San Lorenzo, 10 de Agosto de 1557.

Ansioso de que la obra adelantara y se terminase cuanto antes, acostumbraba á situarse en las cumbres de un cerro, á media legua del Monasterio, inspeccionando el acarreo de los materiales, y llegando hasta el extremo de despachar los negocios del Reino, sentado en una roca de granito que, por su forma, conserva aún el nombre de la silla de Felipe II.

La soberbia pintura de don Luis Alvarez presenta al monarca sentado en la roca, escuchando una comunicación que lee su secretario don Juan Idiaquez. A corta distancia, el viejo soldado portador de las nuevas, aguarda respetuoso la contestación,



CUADRO DEL LAUREADO PINTOR LUIS ALVAREZ.

LA SILLA DE FELIPE II

Fot. J. Laurent y C.ª





UN PATIO EN EL BARRIO JUDIO (TOLEDO).

mientras varios criados conversan en voz baja cerca de la silla de mano en que subió el rey, y del perro que siempre le acompañaba.

Pero ni Felipe II es el joven soldado de San Quintín, ni las noticias son de victorias. Hoy es un viejo enfermo, y las nuevas son el desastre de la armada *Invencible*.

Dijérase que aquellos rudos peñascos y aquellas tristes soledades, en que levantó el Escorial, le atraían, y que de aquel inmenso monasterio, quería hacer su sepulcro.

En efecto, atormentado por la gota, víctima de una fiebre hética, que acabando por desarrollar un humor hidrópico le llenaron de llagas, aprovechó una ligera mejoría, el 30 de Junio de 1598 y se hizo conducir en brazos de hombres, que iban caminando muy lentamente y se relevaban de continuo, á su querido Escorial, en el que dejó de existir en la mañana del 13 de Septiembre.

¡El cielo pareció querer castigar su crueldad y su soberbia, llenándole de gusanos y de miserias!

Un célebre historiador resume de este modo su vida:

« Felipe II hizo de la fe un resorte político, cuando de la fe no se puede hacer más que una gran virtud de moral.

Dió á la sospecha lo que debía dar á la confianza.

Dió al sigilo lo que debía dar á la publicidad.

Dió al fanatismo lo que debía dar á la religión. »

¡Y gracias si, en su hora postrera, el tormento de Antonio Pérez, el cadalso del conde de Egmont,—uno de los héroes de San Quintín y Gravelinas,—el suplicio de Lanuza, y la sombra del Príncipe de Orange,— cuya cabeza puso á precio,— no vi-

nieron á amargar con su tristísimo recuerdo los postreros instantes de su vida! » Terminemos.

Existen en el Escorial las habitaciones llamadas de Felipe II, compuestas de dos salas pintadas de blanco, con zócalo de azulejos y desnudas de todo adorno, á no ser la sencilla poltrona en que se sentaba, los taburetillos en que dejaba descansar su gotosa pierna, ó el sencillo escritorio en donde á su lado despachaban los ministros. La principal de estas salas se conoce por la de *Embajadores* y es fama que en ella, para conservar ante el mundo su austeridad de carácter, recibía un tan gran monarca á los representantes extranjeros.

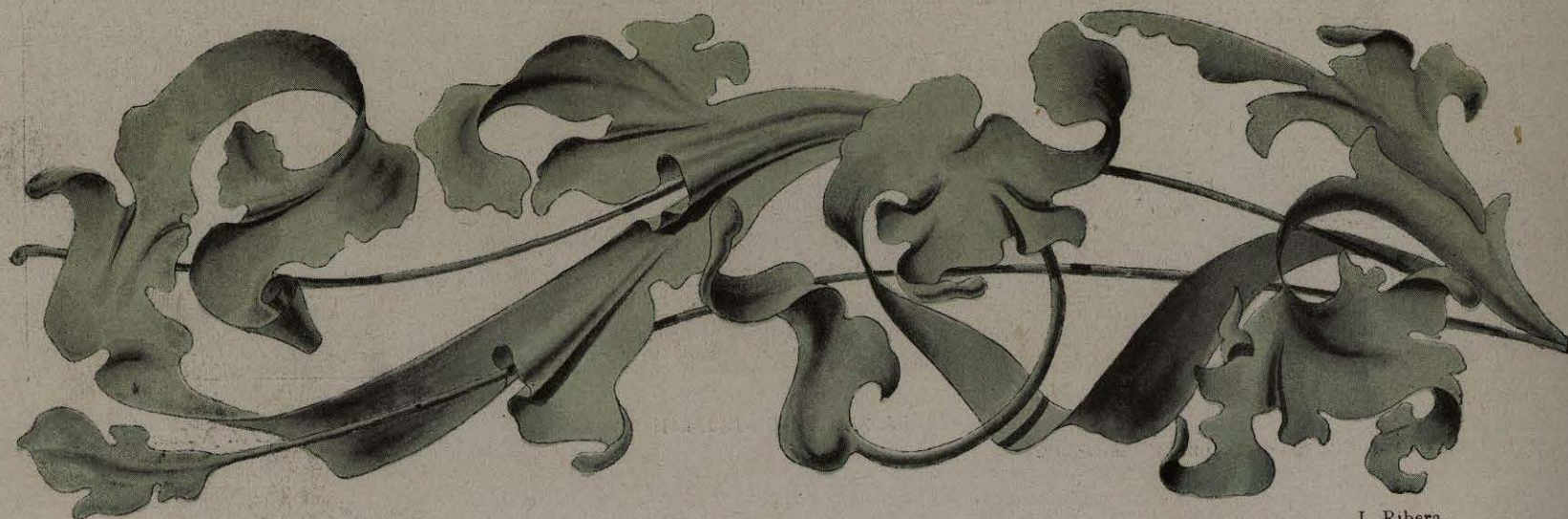
Desde la más interior, que le servía de alcoba, y en la que á su llegada mandó colocar su lecho, se veía el altar mayor; de suerte que desde la cama podía ver y oír la misa que diariamente se decía.

En estas habitaciones se lee todavía los siguientes versos, cuyo autor se desconoce.

« En este estrecho recinto  
murió Felipe segundo,  
cuando era pequeño el mundo  
al hijo de Carlos quinto.

Fué tan alto su vivir  
que sólo el alma vivía,  
pues ya cuerpo no tenía  
cuando dejó de existir. »

E. RODRIGUEZ SOLIS



J. Ribera.



Cuadro de ANTONIO TORRES FUSTER.



# EL TRABAJO ETERNO

¡SURSUM CORDA!

**Q**UEJÁBANSE ante el Sol, sus hijos los Planetas, de la inutilidad de su vida, y del trabajo incesante, abrumador, que les era forzoso cumplir, para no vagar por los desiertos siderales, como cuerpos muertos.

—Después de cientos de siglos de penosa, continua labor,—decía uno,—estoy tan adelantado como el primer día. Miriadas de millones de millones de animalculos, unos por completo invisibles, casi no perceptibles los otros, desgarran mis entrañas, transforman la materia que forma mi cuerpo y que permanecería en reposo si su actividad desatentada y sin objeto no la removiera. Y lo más triste del caso es que, después de ser yo asietado, y de hacer el papel de víctima insensible, aún se atreven, esas legiones de seres microscópicos, á insultar mi nombre y á decir que yo soy el causante de todas sus desdichas. Atomo vil que forma parte del Cosmos, no hay reposo para mí; siento cómo en vibración perpétua giran los átomos que me componen, cómo sufren la acción de las leyes de afinidad y de repulsión, cómo, por obedecer á esas leyes y por dar rienda suelta á sus desenfrenados instintos, provocan cataclismos que ponen en riesgo mi existencia y en peligro la suya. Y cada vez más, por sus combinaciones y repulsiones, se apartan de la unidad indivisible, de la síntesis perfecta que representa mi cuerpo, así en lo grande como en lo pequeño, en lo profundo como en lo alto, en la nube y en el líquido, en el sólido y en la forma animada. En vano trato yo de dar á conocer á mis parásitos la gran verdad, la eterna fuerza. Ciegos y delirantes, luchan entre sí, discutiendo nombres y no cosas, destruyendo formas que vuelven á renacer por su propia virtualidad; porque hartos sabéis, Señor y Padre, que ni hay materia que se agote, ni forma que se pierda, ni lucha infecunda. Durante cientos de siglos he soportado esa feroz polilla, ese trabajo desmedido y estéril. Vuestra es la culpa, Señor y Padre; con vuestra luz perpetráis la lucha. El cuerpo, cansado, os pide gracia. ¡Abreviad mi suplicio, ó permitidme que, volviendo á vuestros brazos, me confunda de nuevo en vuestra masa!

Y como ese planeta, hablaron todos.

— Si la Fuerza que os ha creado pudiera anularse; si lo que ha sido y es, no debiera ser eternamente; en este momento mismo quedaríais destruidos; pero no exentos de pagar tributo á la actividad y al dolor, las dos formas impercederas que viven en la eternidad y en el espacio.

¿Lloráis pasajeros tormentos? Contemplad las combustiones gigantescas que varían de continuo mi forma. ¿Os quejáis del trabajo perenne que se cumple á costa de vuestro cuerpo? Sumad los miles de siglos que entre todos habéis vivido, y comparadlo con mi existencia, de duración incalculable; sumad los dolores todos que habéis padecido, las convulsiones todas que agitaron vuestras entrañas, y haced, por un instante, el parangón entre ellos y los que sin tregua ni descanso padezco para asegurar vuestras vidas, para ser una nota más en el universal concierto que sólo vive de armonía.

¿Reputáis de estéril el trabajo que fecunda vuestro seno y lo hace apto para la concepción, origen de la vida? Oid lo que dicen los hombres, esa raza superior de animalculos, que es la que con mayor ímpetu y fuerza cumple esa tarea de destrucción que os causa tamaño tormento.

Dijo el Sol, y cogiendo con unas pinzas delicadas un puñado de tierra, en cuya superficie había varios hombres, púsoles sobre la platina del microscopio.

Atortolados al principio los hombres, rompieron al cabo en su descosida interminable charla.

— No sé donde estamos, ni que nuevo cataclismo ha ocurrido. Nuestras constantes investigaciones demuestran que, cuanto hasta ahora habíamos aceptado por bueno, en el dominio de la ciencia, era pura imaginación y broma. Dirigiéndonos al Norte, en busca del Polo, hemos podido comprobar que la Tierra no termina donde creíamos. Una llanura inmensa de metal desconocido continúa sus límites. Los que se han dirigido hacia el Sur, afirman haber hecho un descubrimiento semejante. De repente, parece que han cambiado las condiciones de la Vida. Sin embargo, vemos que es preciso trabajar para vivir, que las mujeres paren con dolor, que el suelo se agota á fuerza de dar cosechas, que la lucha entre nosotros persiste tan brutal y encarnizada como siempre. No existe manera de substraernos al destino, y pues él lo quiere, maldiciéndola continuemos la batalla. Ni por sabio, ni por fuerte, ni por bueno, es posible evitarla.

Aquellos hombres se dirigieron á un templo, y una vez en él, hincando la rodilla, exclamaron:

— ¡Señor, sumo Señor! no es posible revocar la cadena que nos obliga á batallar sin tregua ni descanso?

Una voz les respondió:

— Ved, lo que pasa alrededor vuestro.

Y los hombres aprisionaron un puñado de seres que ellos llamaban bacterias, y puesto que los hubieron en la platina, observaron que aquellos animalculos se revolvían en todos sentidos, agitados por febril actividad. Unos se deslizaban tranquilamente por la superficie del *serum* que les sustentaba, hundíanse otros en su masa. Nacían, se reproducían y morían, y poco á poco, la substancia que los contenía, cambiaba de aspecto.

También ellos se quejaban de la lucha continua á que estaban obligados, maldecían también la actividad que se les imponía, y abominaban, infelices, de la Vida.

En tanto que ocurrían tales escenas, y se formulaban tan tremendas quejas, en un punto del espacio, departían amigablemente varias nebulosas.

— No sé lo que me ocurre, decía una; esos microscópicos soles y planetas que integran mi cuerpo, me fastidian cada vez más. Su eterno movimiento, me produce un cosquilleo insoportable, y tentada estoy de suicidarme, para acabar con un tormento tan molesto.

— Ten juicio, hermana, replicó otra; todas padecemos como tú; pero lo sufrimos con resignación, porque hace poco que se ha probado de un modo indubitable, que sin esas molestias y sin ese rebullir inacabable, no sería posible la vida universal. Sufre el cosquilleo y comezón que el movimiento de los soles te produce. Ellos sufren la lepra de los hombres; estos aguantan la de las bacterias, y á su vez, si éstas mueren ó enferman, se debe á que son mundos como los hombres, como los soles, como nosotras. Todo en el Cosmos es movimiento: todo movimiento es trabajo, todo trabajo nos acerca, por el cansancio y por el dolor, á la gran síntesis, que es la quietud.

Y las nebulosas describieron en el espacio sus desmedidas é inconcebibles órbitas, en tanto que los hombres cumplían su trabajo inacabable: el trabajo que eleva y ennoblece, el trabajo que no acaba, porque la vida no cesa.

A. RIERA



FOT. NAPOLÉON.

## EXCMO. É ILMO. SR. D. ULADISLAO CASTELLANO

ARZOBISPO DE BUENOS AIRES

**P**ROCEDENTES de Roma, donde asistieron al Concilio de Prelados de la América latina, recientemente celebrado, honraron á Barcelona con su visita en el mes de Agosto, varias dignidades eclesiásticas de la República Argentina; entre ellas, el Excmo. é Ilmo. Sr. don Uladislao Castellano, Arzobispo de Buenos Aires, y el Ilmo. y Rdm. Sr. don Mariano Antonio Espinosa, Obispo de la Plata, con cuyos retratos y notas biográficas engalanamos estas páginas, en testimonio de merecida y respetuosa consideración.

Nació el primero, en el departamento de San Javier, provincia de Córdoba, el 23 de noviembre de 1835.

Cursó los primeros estudios al lado de sus abuelos paternos, pasando después á la Universidad de Córdoba, en cuyas aulas distinguióse prontamente, por su privilegiado talento y constante amor al trabajo. Docto-

rose en Ambos Derechos, á la edad de 22 años, recibió las órdenes sacerdotales en 1858, y fué nombrado Rector del Seminario de Córdoba, en 1859; desempeñando ese cargo por espacio de 24 años consecutivos. Durante mucho tiempo, ejerció con cristiano celo y portentosa inteligencia, los de Canónico, dignidad de Deán de la catedral de Córdoba, Vicario Capitul, Protonotario Apostólico, Vice Rector de la Universidad y Catedrático de Sagrada Teología y de Derecho Canónico. Elevado á la sede de Anciano, por deseo unánime del pueblo, que pregonaba sus virtudes, nombrósele, en 24 de Noviembre de 1895, Arzobispo de Buenos Aires.

Monseñor Castellano es un profundo teólogo y competente economista; considerándosele como uno de los príncipes más sabios y valiosos de la Iglesia.

Reflexivo, habituado al estudio y á la meditación, rigorista para sí,